

IDENTIDAD Y CONTINUIDAD CAUSAL: UNA CRÍTICA A LA TEORÍA DE LA CONTINUIDAD CAUSAL DE SHOEMAKER

Montserrat Bordes Solanas
Universidad de Barcelona

Las relaciones causales son el cemento metafísico y epistemológico básico del mundo. Pero hay también otros aglutinantes que nos ayudan a interrelacionar sus segmentos en unidades relevantes.

Sydney Shoemaker¹ propone un sugerente análisis del concepto de identidad según el cual, frente a la tradicional idea lockeana de la continuidad espacio-temporal, el único cemento entre estados sucesivos de la historia de un mismo objeto es una relación de continuidad causal inmanente. Esta relación es presentada como condición necesaria y suficiente de la unidad de un objeto, de la cual la continuidad espacio-temporal es simplemente derivativa.

Mi propósito consiste en examinar su propuesta detalladamente intentando precisarla, para mostrar cómo, después de todo, aunque ciertas relaciones de dependencia causal aglutinan los «estadios holográficos»² de un mismo objeto, Shoemaker no ha mostrado en qué consiste la derivatividad mencionada. Su pretensión consiste en ofrecer un *análisis* (no un *criterio*) del concepto de identidad sin comprometerse con la no-circularidad del mismo. En mi opinión, un buen análisis debería siempre minimizar la circularidad, de modo que, en caso de que fuera imposible evitarla, el círculo se ampliara al máximo.

El enfoque de E. Hirsch³ ofrece, en mi opinión, un tal análisis. Según él,

¹ La teoría que criticaré la expone su autor en «Identity, Properties and Causality», en *Identity, Cause and Mind*, Cambridge, C.U.P., 1984. Shoemaker se refiere en él exclusivamente a la identidad temporal o diacrónica.

² La expresión es de Kripke (aunque él utilizó el término «state», la diferencia aquí no es relevante). Los estadios holográficos son estadios temporales, elementos de los que, según la teoría tetradimensional, están compuestos los objetos físicos. Así, esta taza de té consta de tantos segmentos temporales «de taza» como instantes de tiempo dure su existencia. La taza es la suma de los mismos, un objeto tan «grande» que sólo existe completo en el intervalo total de su carrera vital.

En este artículo usaré el lenguaje tetradimensionalista de modo ontológicamente neutro. La corrección de las tesis aquí expuestas no depende de la adopción de esta curiosa teoría ni de otras rivales suyas.

³ Cfr. su extenso estudio sobre la identidad en *The Concept of Identity*, Oxford, O.U.P., 1982.

para justificar la persistencia de un objeto en el tiempo, es preciso apelar a la continuidad espacio-temporal y cualitativa de los estadios componentes de su historia en la medida en que son describibles por un mismo término de tipo o «sortal term».

En el apartado I expondré lo que sería una posible definición de continuidad causal, mostrando las dificultades que ofrece una formulación detallada y la que creo es la tesis básica de Shoemaker. Adoptaré el lenguaje de una cierta ontología: la de los *tropos* o particulares abstractos, que considero cuando menos adecuada a mis propósitos, pero que, por razones expositivas, no intentaré justificar aquí. Seguidamente, en el apartado II, expondré su tesis sobre la dependencia de la continuidad espacio-temporal con respecto a la causal, intentando dar un análisis que recoja parte de las supuestas pretensiones de su autor al formularla y reconociendo la ambigüedad con la que se presenta su idea.

El apartado III será un esbozo de la más clásica teoría alternativa basado principalmente en la idea de continuidad espacio-temporal mencionada.

I

Creemos que una buena teoría del mundo no puede contener predicados que expresen propiedades no-naturales, a saber, propiedades que agrupen objetos con un grado ínfimo de similaridad entre sí, como *el ser verdul* o *el acabar de moverse hace un segundo* o *el ser tal que hoy alguien ha escrito un artículo*. Paralelamente, creemos que no cualquier suma de segmentos espacio-temporales del mundo constituye una unidad natural ontológica⁴. Si entendemos el mundo como sucesión de estadios cuyos contenidos vienen dados por ejemplificaciones de propiedades en el espacio y el tiempo, está claro que hay más sumas mereológicas de estadios que colecciones de estadios que definan objetos. La sucesión formada por el apretar hoy una tecla del ordenador y el comerme un segundo después una naranja no describe la historia de objeto alguno; mientras que la sucesión del encender una cerilla a las 12:00 y apagarla a las 12:01 sí define la historia breve de una llama. Y es que para las sumas mereológicas vale un principio lógico de democracia que no tiene paralelo metafísico.

A este respecto, dos preguntas distintas pero entrelazadas pueden hacernos frente: ¿cómo es posible distinguir las segmentaciones naturalmente relevantes de las no relevantes? y ¿qué hace que unas segmentaciones sean relevantes y otras no? La primera pregunta supone una petición de un *criterio* de identidad. Es una pregunta epistemológica. La segunda se responde ofreciendo un *análisis* del concepto de identidad. Es una pregunta de

⁴ De esta presentación se sigue que acepto la concepción realista de la identidad que defiende Shoemaker, entre otros, contra la idea de los objetos físicos como ficciones lógicas, de tradición humeana.

carácter lógico y ontológico. De un análisis podemos exigir que se desvelen interrelaciones entre el concepto que se analiza y otros conceptos importantes en nuestro esquema conceptual. En algunas ocasiones se confunden gravemente ambos conceptos⁵.

Shoemaker pretende, en mi opinión, ofrecer sólo un análisis. En él la noción de continuidad espacio-temporal no desempeña papel alguno, y su validez como criterio, en todo caso, es derivativa de cierta relación de causalidad⁶, esencial para la unidad natural de ciertas sucesiones de cosas.

Veamos primero en qué consiste la continuidad causal⁷. Diremos que una sucesión de estadios E es *causalmente continua* si y sólo si para cada dos estadios o conjuntos de tropos inmediatamente sucesivos, a saber, et y $e't'$, ambos miembros de E , ocurre uno de estos dos casos:

- i) (si et y $e't'$ son cualitativamente idénticos) et & M causan $e't'$.
- ii) (en caso contrario) et & A causan $e't'$,

donde A y M son colecciones de estadios de cierto tipo que pueden tener elementos en común con E .

Ésta, desde luego, no es la formulación de Shoemaker, quien se limita a hablar de una vaga relación de «dependencia o conexión causal». Analicemos los casos presentados. El caso (i) podría verse ilustrado por una sucesión de estadios dados en t y t' sucesivos que constaran de exactamente los mismos tropos. Aun suponiendo que sea microfísicamente imposible que eso ocurra, nada nos impide seleccionar un grupo limitado de tropos macroscópicos. Por ejemplo, podemos considerar el caso de una silla que no sufre ningún cambio aparente entre las 9:00 y las 9:05 de la mañana de hoy. En t es parcialmente ocre, mullida y parcialmente de madera, e igualmente en t' (e = la silla a las 9:00 y e' = la silla a las 9:05). Pues bien, parece razonable pensar que el estado de la silla a las 9:00 causa la permanencia de su estado a las 9:05, siempre y cuando no intervengan factores externos que lo impidan. De modo que no resulta superfluo en (i) exigir la condición M , de modo que digamos que e y M causan e' , donde M es una conjunción de lo que podríamos llamar

⁵ Un criterio de identidad para coches muy habitual es la identidad de matrícula, pero no constituye en absoluto un análisis, puesto que la identidad de un coche no radica exclusivamente en ello, ni siquiera es condición necesaria suya. Que un objeto no pueda ocupar completamente más de un espacio en un solo tiempo es un criterio particular de identidad, pero, de nuevo, tampoco es un análisis.

⁶ Cfr. Shoemaker, *art. cit.*, p. 242.

⁷ Con el fin de uniformizar la terminología durante todo el estudio, daré noticia de ciertos usos léxicos. Con «sucesión natural unitaria» me referiré a aquellas sucesiones de estadios espacio-temporales que definen la historia parcial o total de un mismo objeto o «unidad natural», como dice E. Hirsch. Usaré «tropo» como sinónimo de «propiedad ejemplificada espacio-temporalmente», sin que ello suponga ningún compromiso ontológico que afecte a la discusión. El color azul de esta carpeta, la temperatura de tu piel ahora o el grosor de ese libro son tropos. «Tropos copresentes» serán aquellas propiedades ejemplificadas en el mismo objeto. Un estadio espacio-temporal será, pues, una colección de tropos copresentes.

A menudo, para no hacer farragosa la explicación, daré sólo descripciones muy parciales de los estadios, refiriéndome a sólo uno o dos tropos de los muchos que los constituyen.

«condiciones de *mantenimiento*», que solemos especificar mediante mención de ciertas propiedades negativas, como por ejemplo *no sufrir ninguna agresión que dañe sus tejidos, no ser pintada de otro color, no ser sometida a un peso...*⁸.

El caso (ii) es satisfecho por los ejemplos típicos en que pensamos cuando nos hablan de relaciones de dependencia causal. Se trata de casos de cambios o movimientos. Así, si alguien olvida una cerilla encendida sobre la silla, el estadio definido por los tropos «ser parcialmente ocre», «ser mullida» y «ser parcialmente de madera» puede verse sucedido por otro en que se añada «estar parcialmente chamuscada». En (ii) la intervención de la cerilla viene recogida por A (lo que paralelamente al caso (i) podríamos llamar «condiciones de *alteración*»): la conjunción de los tropos modificadores que provocarían el cambio. El estadio en que el fósforo produce calor ($e2t2$) causa el estadio en que se da calor en la silla ($e3t3$), lo que, unido al estado anterior de sus tejidos ($e1t1$)⁹, causa que se chamusque ($e4t4$). Que entre $e2t2$ y $e4t4$ pueda haber un estadio intermedio, $e3t3$, viene contemplado en (ii) por la indicación final.

Así pues, la continuidad causal puede suponer la intervención de condiciones de mantenimiento o bien de condiciones de alteración, según se trate de un objeto que permanece con cualidades constantes o de un objeto que cambie. En ambos casos la continuidad causal entre estadios tal y como la hemos descrito no asegura que la sucesión sea una sucesión natural unitaria. La continuidad causal sólo es condición necesaria, no suficiente.

Veamos un caso de discontinuidad donde, concretamente, (ii) se viole. Supongamos que simultáneamente a la ignición del fósforo ($e2t2$) enciendo otro a 3 metros de la silla ($e'2t2$). ¿Por qué la sucesión $e1t1 + e'2t2 + e3t3 + e4t4$ sería un imposible candidato a sucesión natural unitaria y, en cambio, $e1t1 + e2t2 + e3t3 + e4t4$ podría ser aceptado, por lo que sabemos? La respuesta de Shoemaker sería que en la primera sucesión hay un bache causal entre $e'2$ y $e3$, mientras que no hay ninguno en la segunda. No obstante, la segunda sucesión incorpora estadios de objetos diferentes, a pesar de ser causalmente continua. ¿Qué restricciones habría que imponer a la continuidad causal para que fuera suficiente para la definición de sucesiones unitarias? La respuesta de Shoemaker es que la conexión causal sea *inmanente*¹⁰. Entre $e1$, $e3$ y $e4$ la causalidad es inmanente. No así entre

⁸ Tal especificación de propiedades negativas es, desde luego, sustituible por una en términos de propiedades positivas. De no ser así, no serían buenas candidatas a formar parte de leyes naturales, de las que las propiedades negativas (como todas las otras tampoco no-naturales) no pueden nunca formar parte.

⁹ Está claro que el tipo de tejido de la silla determina el grado y modalidad del chamuscado en ella. Es, pues, un factor causal relevante en el proceso. No obstante, situarlo al mismo nivel que otros estadios como el calor de la cerilla me produce cierto malestar categorial. Quizá sea mejor decir simplemente que la gravedad del daño posterior causado en el tejido está en parte en función del tipo de tejido y su estado anterior.

¹⁰ Cfr. Shoemaker, *art. cit.*, p. 254. La terminología la toma, al parecer, de W. E. Johnson.

e_2 y e_3 , donde la relación causal es *transeúnte*. Y ¿en qué consiste que una relación causal sea inmanente? Por lo que Shoemaker explica, consiste en que se dé entre estadios de un mismo objeto. Resulta analítico decir entonces que si una sucesión es natural y unitaria la relación causal entre sus estadios componentes es inmanente. Pero «analítico» en el sentido de «trivial», no en el sentido en que un análisis resulta iluminador en filosofía. La idea de «conexión causal inmanente», en la medida en que pretende ofrecer las condiciones necesarias y suficientes para la identidad de un objeto, es un puro alarde de circularidad, como parece a veces reconocer el mismo Shoemaker¹¹.

Esa circularidad ya era de prever atendiendo al modo como hemos presentado la definición de continuidad causal. Las condiciones (i) e (ii) pretenden discriminar casos de permanencia de casos de cambio, y una condición necesaria para que haya cambio es que haya un objeto persistente o unidad natural, como ya decía Aristóteles.

La definición podría haberse hecho sin presuponer explícitamente la noción de objeto persistente. Sin embargo, si la he presentado así es porque refleja el orden epistemológico de los conceptos¹² y muestra una distinción entre dos tipos de casos que han de diferenciarse.

Por otro lado, ¿acaso no parece perfectamente sensata la idea de la existencia de conexiones causales entre estadios pertenecientes a la misma historia? En la siguiente sección intentaré mostrar hasta qué punto es plausible en el modo como la presenta Shoemaker y dónde presenta deficiencias.

II

Ofrecer un análisis no circular del concepto de identidad diacrónica sirviéndose únicamente del concepto de causalidad sería un hito admirablemente coherente con nuestra manera de entender un buen número de cuestiones filosóficas. Sin ir más lejos, el funcionalismo describe un estado mental en función de su papel causal. Las leyes físicas son fundamentalmente leyes causales. Un buen estudio del concepto de propiedad puede consistir en definirla —aunque con una circularidad que quizá, en este caso, sea inevitable— como un poder causal condicional¹³.

Sin embargo, no parece poder darse un caso así para la cuestión de la identidad, no a menos que queramos sacrificar la perspicuidad del análisis. Y ningún consejo en pro de la economía conceptual puede persuadirnos a costa de la adecuación teórica.

¹¹ Cfr. *Ibid.*, p. 255.

¹² Como explicaré en la sección II.

¹³ Cfr. el muy interesante artículo «Causality and Properties», también de Shoemaker, *op. cit.* en nota 1. Así, que el cuchillo sea duro y afilado *causa*, a *condición* de que se le coloque apropiadamente sobre la mantequilla y *ceteris paribus*, que la mantequilla se separe y esparza.

Es cierto que existe una conexión entre las relaciones causales entre diferentes tropos y su copresencia en un mismo objeto. Hay conexiones causales que sólo se dan entre tropos de una misma unidad. ¿Por qué el disminuir la temperatura de x no es un factor causal que produzca la contracción de y (donde x es diferente de y)? Porque esos tropos se conectan causalmente de ese modo sólo cuando son copresentes, cuando corresponden al mismo objeto.

Desde luego, observemos que, pese a todo, la dependencia causal entre esos tropos no puede servirnos de criterio de identidad de objetos. Epistemológicamente la cosa *no* va así: primero observamos que cierta conexión causal entre tropos no se da, y luego concluimos que estamos ante objetos diferentes (observamos que si caliente x no se dilata y , de modo que concluyo que x es diferente de y). Es evidente que para saber qué relaciones causales sólo se dan entre tropos del mismo objeto, antes hemos de tener un criterio de identidad previo que nos permita identificar y distinguir los objetos pertinentes. Una vez correctamente segmentado el mundo, podemos descubrir qué conexiones causales se dan entre tropos del mismo objeto y cuáles no. El orden epistemológico apropiado es el que queda expresado en la definición antes dada de continuidad causal. Para fijar este concepto ya hemos tenido que fijar antes el que nos permite discriminar entre unidades naturales en el mundo.

Shoemaker podría advertirnos que su pretensión no era la de ofrecer un criterio sino meramente un análisis que reforzara las críticas ya hechas¹⁴ al principio de continuidad espacio-temporal como clave del análisis de la identidad. Es por ello que afirma:

(*) No sé si la persistencia material requiere continuidad espacio-temporal; pero sospecho que, si es así, es porque los tipos relevantes de causalidad lo requieren.¹⁵

Examinemos cuál puede ser el alcance de esta afirmación. Como guía somera de en qué consiste la continuidad espacio-temporal baste decir que se da tal tipo de continuidad entre estadios si los estadios se solapan espacialmente para ciertos intervalos breves de tiempo. Así, el milagro bíblico de los panes y los peces es un caso llamativo de discontinuidad espacio-temporal: en los espacios intermedios entre los ocupados por los peces en el agua y los ocupados en los cestos, los peces de la parábola no existen (análogamente para el caso de los panes).

Pues bien, las ideas a las que (*) hace referencia pueden ser, por lo menos, las tres siguientes, todas ellas enfocadas hacia la derivación de la continuidad espacio-temporal con respecto a la causal. Examinémoslas y veamos cuál sería la mejor interpretación de (*):

¹⁴ Por S. Kripke, D. Armstrong y también por el mismo E. Hirsch, *op. cit.*, como veremos en el apartado III.

¹⁵ Shoemaker, *op. cit.*, p. 242 (la traducción es mía).

(1) Si una sucesión es continua espacio-temporalmente es preciso que existan relaciones causales apropiadas entre sus tropos componentes.

(2) Si una sucesión natural unitaria es espacio-temporalmente continua es preciso que existan relaciones causales apropiadas entre sus tropos componentes.

(3) La existencia de continuidad causal entre estadios de sucesiones naturales unitarias basta para que se presente en ellas continuidad espacio-temporal.

En un cierto sentido, (1)-(3) pretenden establecer diferentes relaciones de superveniencia o dependencia («fuerte», a juzgar por la pretensión de validez modal de sus afirmaciones en p. 247 del artículo que comentamos). Vayamos caso por caso. El alcance de (*) no puede ser (1), porque existen ejemplos claros de sucesiones espacio-temporalmente continuas sin relaciones de dependencia causal entre sus estadios. Casos de ese tipo serían los procesos de causación epifenoménica como las sucesiones de sombras proyectadas por un mismo objeto, que no forman la historia de un objeto persistente¹⁶.

(3) afirma la suficiencia de la continuidad causal para la continuidad espacio-temporal en objetos persistentes. Ésta puede ser la tesis de Shoemaker, pero no veo cómo podría justificarse: no entiendo cómo el solapamiento entre estadios puede deberse a ciertas relaciones de dependencia causal.

Que la continuidad causal no basta tampoco para la identidad se puede ver con el siguiente contraejemplo: una máquina construye un coche con material nuevo, copiando otro al que va destruyendo progresivamente en el proceso (el ejemplo es de E. Hirsch). A pesar de la continuidad causal del proceso, el coche-réplica no es idéntico numéricamente al coche replicado.

Probablemente podríamos contentarnos con aceptar que Shoemaker abraza (2), que sostiene la necesidad de la continuidad causal en todo caso de persistencia con continuidad espacio-temporal. Esta tesis parece justificada. Si un Dios como el de J. Edwards¹⁷ creara a cada instante los objetos que percibimos, seguro que al saberlo renunciaríamos, por lo menos teóricamente, a nuestro concepto de persistencia. Igualmente por lo que respecta al experimento mental de las máquinas creadoras y destructoras de mesas que Shoemaker expone¹⁸. Estas ilustraciones son, sin embargo, ejemplos inapropiados para comprobar nuestras intuiciones, que se sostienen apenas en la cuerda floja al juzgar estos casos-límite. A pesar de ello parece sensato admitir la necesidad de tal continuidad para la persistencia.

La cuestión es que, en otro punto del artículo, Shoemaker pretende haber probado no sólo que la continuidad causal apropiada es necesaria para la persistencia de un objeto sino que también es suficiente¹⁹. Recordemos, sin embargo, que tal «continuidad causal apropiada» no es sino la causalidad inmanente, y Shoemaker ha reconocido explícitamente la circularidad de su tesis. Así pues, ¿esa relación de necesidad y suficiencia a la que se refiere Shoemaker

¹⁶ Cfr. el artículo de J. Kim «Epiphenomenal and Supervenient Causation», en Rosenthal (ed.), *The Nature of Mind*, Oxford, O.U.P., 1991.

¹⁷ Citado por J. Kim, *Ibid.*

¹⁸ Cfr. *art. cit.* en nota 1, p. 241.

¹⁹ *Ibid.*, p. 254.

es análoga a la que se da entre el tener cuatro lados y el ser un cuadrilátero?

Si Shoemaker sólo pretendiera establecer ciertas relaciones conceptuales vagas, no tendría más que afirmar, en este caso, que existen ciertas relaciones de dependencia causal entre los estadios de las sucesiones naturales unitarias, sin tener porqué presentar su tesis como una rival de la teoría correspondiente referida a la continuidad espacio-temporal. No sólo no ofrece un substitutivo de tal teoría sino que ni tan siquiera pretende complementarla. Esboza una reducción extraña entre propiedades de procesos —o, por lo menos, una relación de dependencia fuerte— que no aparece justificada en su artículo.

III

Después de todo, el viejo análisis de la identidad en términos de continuidad espacio-temporal me parece contener en esencia, si no tantos atractivos, sí mucha más densidad teórica para el caso.

Ciertamente, hay razones para rechazar el clásico análisis de la identidad en términos de continuidad espacio-temporal más continuidad cualitativa, lo que Hirsch llama «continuidad simple». Es necesario complementar el análisis con una cierta regla de restricción. Primeramente veamos a vuelo de pájaro en qué consisten ambas continuidades.

Podemos distinguir en ambas un sentido fuerte y un sentido débil de «continuidad». En un sentido fuerte, la continuidad espacio-temporal exige que, para que una sucesión de estadios lo sea, dado un intervalo de tiempo tan pequeño como se quiera, el área de no-solapamiento entre los espacios ocupados correspondientes se pueda hacer tan pequeña como se desee. Este sentido invalidaría algunos juicios de identidad cotidianos, como el juicio que nos lleva a decir que un árbol podado es el mismo de antes. De manera que parece ser más apropiado aceptar el sentido débil, según el que, para que se dé tal continuidad basta con que la extensión de solapamiento entre el lugar ocupado en t y el ocupado en t' sea mayor que la de no-solapamiento.

El sentido fuerte de la tesis de la continuidad cualitativa es aún más implausible que el correspondiente al de la continuidad antes mencionada. Dicha tesis supondría exigir que, para que un objeto sea cualitativamente continuo, todo cambio de cualidad en él ha de ser absolutamente gradual, y, por tanto, supone infinitos estadios cualitativos intermedios. Así, si alguien se tiñe el pelo de moreno a rubio, entre ambos estadios habría de haber un número infinito de ellos en que el color del pelo no fuera ni rubio ni moreno sino progresivamente más moreno y menos rubio. Es fácil ver que podemos formular una nueva versión de las paradojas de Zenón con esta idea, para concluir, contra nuestras más sólidas convicciones, que nadie podría llegar a teñirse el pelo de moreno a rubio.

El sentido débil de esta tesis es el aceptable. Se exige tan sólo que, para cualesquiera dos tiempos t y t' sucesivos, los tropos copresentes en t sean semejantes a los copresentes en t' .

Que la continuidad espacio-temporal no es necesaria para la persistencia de un mismo objeto lo muestran casos de separaciones de objetos en partes (como el caso de la muñeca rota y desmontada en piezas para su posterior recomposición). Que tampoco es suficiente se concluye de los casos de desguace de coches o el reciclado de materiales. Algo análogo ocurre con la continuidad cualitativa. Pero, ¿qué ocurre con la conjunción de la continuidad espacio-temporal y la cualitativa?

La combinación de ambos sentidos débiles de continuidad genera, de entrada, juicios de identidad correctos. Así, si a Copito de Nieve le ponen un empaste dental, a pesar de la ruptura de las continuidades cualitativa y espacio-temporal fuertes, su identidad queda salvaguardada en virtud de las continuidades débiles correspondientes.

Sin embargo, los criterios de continuidad, aun en conjunción, nunca parecen ser suficientes. Veamos un caso que lo muestra. Si formamos una sucesión que conste de ciertos estadios espacio-temporalmente continuos de un jarrón y ciertos estadios igualmente continuos de una de sus asas, el resultado es una sucesión no natural y unitaria pero sí espacio-temporal y cualitativamente continua. El lenguaje del «dentro-coche» y el «fuera-coche» de Hirsch ilustra perfectamente la posibilidad de un código con criterios de identidad diferentes a los nuestros y donde, sin embargo, tales requisitos de continuidad son satisfechos.

Hirsch propone un análisis, a mi entender apropiado, que simplemente proporciona condiciones suficientes para la identidad. Este análisis consiste en exigir que, para que una sucesión de estadios defina la historia de un objeto persistente²⁰, no basta con que dicha sucesión sea espacio-temporal y cualitativamente continua sino que es preciso que todos sus estadios puedan describirse bajo un mismo término de tipo o «sortal term» (en adelante, *sortal*)²¹. Ejemplos de *sortals* serían: «perro», «casa» o «rosa», pero no «líquido», «cabello» o «pieza de metal». La definición de «sortal» es delicada. Hirsch nos dice que un *sortal* es un término «no-dispersivo», a saber, que las cosas a las que se aplica no se solapan extensivamente. Así, «agua» no es *sortal*. La no-dispersividad no es más que una marca necesaria, pero no suficiente, como lo muestra el que «animal» tampoco sea *sortal*.

La cuestión es ¿cuándo estamos justificados para utilizar un mismo *sortal* para describir todo un proceso? ¿No es ello equivalente a preguntar, sólo que en la modalidad de ascenso semántico, cuándo estamos justificados para decir que un objeto persiste a lo largo de un proceso? «Pieza de materia» o

²⁰ Hirsch no presenta su análisis en términos de sucesiones de estadios (teoría tetradimensional) sino en términos de objetos y cambios.

²¹ Esta formulación implica que no puedan realizarse juicios básicos de identidad en casos de desconocimiento del *sortal* apropiado. Hirsch ha pensado en esos casos y para ello formula su «regla básica» según la que, dadas las condiciones de continuidad correspondientes, la sucesión ha de «minimizar el cambio». Es en virtud de esta regla como, por ejemplo, un esquimal desconocedor del *sortal* árbol (y también del concepto expresado por él), puede, sin embargo, reconocerlo como unidad natural.

«animal» no son *sortals* porque, en último término, pueden designar objetos persistentes diferentes a lo largo de un proceso espacio-temporal y cualitativamente continuo. Pero, precisamente, la noción de *sortal* era la que nos iba a permitir delimitar la identidad de un objeto, no al revés. Después de todo, el círculo se cierra, aunque hemos ampliado considerablemente su diámetro, ganando en interrelaciones conceptuales.

Pese a las sutilidades aún no resueltas, este análisis es coherente con nuestros juicios de identidad cotidianos. Lo que los requisitos de continuidad no permitían rechazar como juicio inválido, como el caso de un coche progresivamente estrujado hasta quedar planchado extensivamente, ahora podemos reconocer como tal, en virtud de que, en este caso, no podemos aplicar el mismo *sortal* a todo estadio del proceso de desguace. Lo que era antes designable como «coche» ahora ya no lo es.

Siempre es posible encontrar casos fronterizos que invaliden el análisis. Un caso notorio es el del barco de Teseo, para el que otros criterios, como el de continuidad composicional, podrían ser reclamados. No obstante, mi opinión es que a un análisis no se le puede pedir que dé cuenta de aquellos casos sobre los que nuestras intuiciones son incapaces de decidir.

Por otro lado, el análisis de Hirsch tiene la ventaja de ser también un buen criterio²², en el sentido no de que nos diga cómo «de hecho» nos las apañamos para discriminar unidades naturales de no-naturales, sino en cuanto a que nos ofrece un posible «modelo» para su distinción²³.

Bibliografía

- Campbell, K., «The Metaphysics of Abstract Particulars», en French, P. A. et al. (ed.), *Midwest Studies in Philosophy*, Vol. 6, 1981, pp. 477-488.
- Hirsch, E., *The Concept of Identity*, Oxford, Oxford University Press, 1982.
- Kim, J., «Epiphenomenal and Supervenient Causation», en Rosenthal, D. M., *The Nature of Mind*, Oxford, University Press, 1991.
- Lewis, D., *On the Plurality of Worlds*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.
- Quinton, A. M., *The Nature of Things*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973.
- Shoemaker, S., «Causality and Properties», en Inwagen, P. V., *Time and Cause*, Reidel Publishing Co., 1980.
- (1984), *Identity, Cause and Mind*, Londres, Cambridge University Press.
- Strawson, P. F., *Individuals. An Essay in Descriptive Metaphysics*, Londres, Methuen, 1987 (Primera edición de 1959).

²² Hirsch utiliza indistintamente los términos «análisis» y «criterio» para describir su estudio. La distinción que establezco no corresponde, pues, al uso que él hace de los términos.

²³ Del mismo modo que la lógica de primer orden no pretende describir el funcionamiento psicológico de nuestros procesos argumentativos, sino que ofrece un buen modelo de procedimiento de cálculo.